
Fragmento tomado de:

ISA / Investigación y textos: Ochoa Franco, Francisco Javier, Ricardo Smith Quintero y Luis Javier Villegas Botero. “Orígenes”, Capítulo I. *El sector eléctrico colombiano. Orígenes, evolución y retos. Un siglo de desarrollo 1882-1999*. Medellín, INTERCONEXION ELECTRICA S.A., 2002, pp. 22-23.

Digitación a cargo de Leidy Johanna Lezcano García para *Memoria Empresarial*, Universidad EAFIT, 2012.

LA LLEGADA DE LA ELECTRICIDAD

No obstante las guerras civiles que desangraron la Nación durante el siglo XIX, el país fue receptor de las nuevas tecnologías que se difundían velozmente por el mundo: la navegación a vapor, los ferrocarriles, el telégrafo y la electricidad.

En 1882 se produjo un acontecimiento histórico que cambiaría, en forma dramática, la vida de las poblaciones a lo largo y ancho del mundo: la inauguración, en la ciudad de New York, de la primera central eléctrica que proporcionó luz y fuerza motriz. Tan solo ocho años después, en 1890, miles de habitantes de la capital colombiana aplaudían la nueva luz que esparcía el centenar de lámparas de 1.800 bujías que iluminaban las calles centrales de Bogotá, y que hacía realidad el sueño de prolongar el día sin la incomodidad de las velas y de las lámparas de petróleo y gas.

La llegada de la luz eléctrica aparecía como el más claro indicio de progreso del país. Aunque Panamá, entonces ciudad colombiana, había disfrutado unos meses antes del alumbrado público, fue instalación en la capital de la República el factor que desencadenó el entusiasmo en otras ciudades por acceder a este moderno servicio. Así, Bucaramanga tuvo iluminación eléctrica en 1891, Barranquilla en 1892, Cartagena y Santa Marta en 1893 y Medellín en 1898.

Del uso inicial de la energía eléctrica para el alumbrado público y el comercio se pasó, casi de inmediato, al alumbrado doméstico en los estratos más pudientes de la sociedad; luego se extendió, como fuerza motriz, a talleres y fábricas, y unos años más tarde para impulsar los tranvías en varias ciudades del país. El acceso a una fuente de generación de electricidad fue determinante en las nacientes industrias. Por esta razón, en Medellín se instalaron plantas de generación, en las quebradas cercanas a la ciudad, para alimentar las principales fábricas de textiles y alimentos, entre las que se destaca la Planta de Santa Elena.

En 1929, cuando se produjo la gran depresión, el país contaba con una capacidad de generación de 45 Megavatios –MW– para una población superior a siete millones de habitantes, lo que da cuenta del lento desarrollo de la industria eléctrica en los tres primeros decenios del siglo XX.

A partir de los años treinta, y con un ritmo inusitado, el uso de la electricidad se extendió en la industria y el comercio y, de manera significativa, en las residencias para la cocción de alimentos y la calefacción, sustituyendo progresivamente a la leña, principal fuente de calor en los hogares, a la cual se sumaba el carbón mineral en algunas ciudades que tenían yacimientos cercanos. La forma limpia de producción de calor con electricidad, que eliminaba el molesto y sucio humo, dio lugar a que se generalizara el uso de estufas eléctricas y calentadores de agua en los principales núcleos urbanos.

Con el correr de los años, la demanda residencial de electricidad superó ampliamente las de las industrias y el comercio. Esta situación fue favorecida por las bajas tarifas originadas, en ocasiones, por la necesidad de las empresas generadoras de colocar en el mercado excedentes de energía. Tal fue el caso de Antioquia que, en 1932, dio al servicio las dos primeras unidades de la planta Guadalupe, con 10MW de capacidad instalada. El Concejo de Medellín había tomado la decisión de adelantar su construcción, no obstante las voces de algunos expertos que la consideraban excesiva para la demanda previsible. Cuando esta central entró en operación se decretó una rebaja en las tarifas residenciales, con el fin de incentivar la demanda y recuperar los costos de su construcción.

Los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial se caracterizaron por una aceleración en el proceso de desarrollo industrial y por un crecimiento de los principales núcleos urbanos, lo que incrementó, en forma importante, la demanda de electricidad. Hacia 1950, cuando la población colombiana ascendía a once millones, la capacidad de generación del país alcanzó 280 MW, seis veces más que la existente dos decenios atrás. En 1960, cuando el país contaba con quince millones de habitantes, se alcanzó una capacidad 922 MW, tres veces y media más que la instalada una década atrás, es decir, la capacidad por habitante se multiplicó más de nueve veces en un lapso de treinta años.